

El espíritu municipal pareció resucitar con la victoria, tomando la forma de un verdadero gobierno. Citó el Cabildo á los principales vecinos de Buenos Aires á una asamblea el 14 de Agosto, y esta especie de Junta revolucionaria, interpretando los deseos de la indignación pública, declaró al virrey Sobremonte suspendido en el ejercicio de su cargo, nombrando para sustituirle, como jefe político y militar, á Liniers, al que llamaba la gente «el virrey de la victoria». Mientras la Junta de Buenos Aires deponía á Sobremonte, éste se había refugiado en Montevideo, para encargarse de la defensa de esta plaza.

La situación de Buenos Aires no era muy segura después del triunfo. Todos consideraban inevitable el retorno de las fuerzas británicas, pues Inglaterra no pasaría en silencio la afrenta que acababa de sufrir. Las tropas de Berresford estaban prisioneras, y sus estandartes adornaban como trofeos de victoria las bóvedas de la iglesia de Santo Domingo. La noticia de la derrota había llegado á Londres justamente en el mismo instante que se celebraba la toma de Buenos Aires, se paseaba en triunfo el tesoro enviado por el conquistador, y se preparaba una segunda expedición más numerosa para consolidar el poderío inglés en el Plata. La nueva del desastre sirvió para que el Gobierno británico acelerase la salida de la segunda expedición, y á los dos meses del fracaso de Berresford llegaba al río de la Plata el general Home Popham con más de 70 buques de guerra y 12.000 soldados de desembarco.

Mientras tanto, Liniers y el Cabildo de Buenos Aires se aprestaban á la resistencia. La victoria del 12 de Agosto y la proximidad de un nuevo peligro habían despertado el espíritu guerrero de los porteños. Todos eran soldados: hasta las mujeres trabajaban en la preparación del material de guerra. Los ciudadanos se alistaban en las milicias sin distinción de edades y de clases. Los hijos del país formaron el regimiento de Patricios, el de Arribeños ó provincianos y el de cazadores Correntinos. Los peninsulares organizáronse en numerosos batallones, llamados de Gallegos, Andaluces, Vizcaínos, etc., agrupándose según su provincia de origen. La gente del campo formó escuadrones de caballería, entre ellos el de Húsares, mandado por Pueyrredón.

En esta milicia improvisada, que fué el primer ejército argentino, figuraban como modestos oficiales los que habían de ser luego grandes figuras de la Independencia. Un oficial se llamaba Belgrano, otro Pueyrredón; un joven teniente del batallón de Gallegos, hijo de un abogado peninsular, llevaba el nombre de Bernardino Rivadavia; un húsar de luenga barba, venido de Salta para medir su sable con los ingleses, respondía al apellido de Güemes.

No tardó en presentarse el enemigo. Á los dos meses de la derrota de Buenos Aires, la nueva expedición, mandada por Popham, atacó á Montevideo, tomando la plaza con un asalto desesperado. Tras esta victoria toda la ribera oriental del río de la Plata quedó en poder de los ingleses. Á pesar del buen éxito, aguardaron aún prudentemente la llegada de nuevas fuerzas antes de intentar la conquista de la capital del virreinato.

Al año siguiente, en 1 de Julio de 1807, el teniente general Whitelocke, uno de los mejores militares ingleses, al mando de 12.000 veteranos y protegido por una escuadra de 60 buques, desembarcó cerca de Buenos Aires, en la Ensenada de Barragán. El primer choque en las afueras de la ciudad, fué desfavorable para las tropas mandadas por Liniers. El día 4, los sitiadores intimaron la rendición, y el virrey contestó enérgicamente, en nombre del vecindario, que estaba dispuesto á morir sobre las ruinas de la ciudad. Á los dos días emprendieron los ingleses el ataque en tres grandes columnas, que entraron por las calles de Defensa, de las Torres (hoy Mitre) y por la que ahora se llama de Charcas. Estas columnas se apoderaron de las iglesias de Santo Domingo, San Miguel, Santa Catalina y el Retiro. Los asaltantes mostraban especial empeño en hacerse dueños de Santo Domingo, para recobrar las banderas de Berresford, que se guardaban en ella como trofeos.

A pesar de estos triunfos de los ingleses, no cejó la resistencia. Por todas partes encontraban los invasores tenaces enemigos, y así como iban avanzando, rehacíanse los contrarios á sus espaldas, dificultando toda comunicación. Al anoecer, las tropas británicas tenían que retroceder deshechas. Reanudóse al día siguiente el asalto con las fuerzas de reserva, pero después de grandes peripecias y fluctuaciones del éxito, éste se decidió por los defensores de la ciudad, teniendo el invasor que retirarse de Buenos Aires dejando muchos muertos, heridos y prisioneros. Tan decisiva fué esta derrota, que á los tres meses habían evacuado las fuerzas británicas Montevideo y las demás poblaciones conquistadas en la Banda Oriental.

La milicia heroica, núcleo del futuro ejército argentino, quedaba constituida. Las invasiones inglesas habían convertido en militares al abogado porteño, al comerciante y al hacendado.

No se sabe cuál de las dos hazañas del vecindario de Buenos Aires admirar más: si el asalto del 12 de Agosto de 1806, casi sin armas, sin organización y sin otros jefes que el entusiasmo, ó la tenaz defensa de Julio de 1807, en la que derrotó al ejército más numeroso y mejor preparado de cuantos desembarcaron en el Río de la Plata.

España, apoyando la insurrección de los Estados Unidos de América por odio á Inglaterra, había enseñado á sus colonias el procedimiento para hacerse libres.

Las invasiones británicas demostraron á los habitantes del Río de la Plata que podían vivir, gobernarse y obtener victorias sin necesidad de virreyes.

* * *

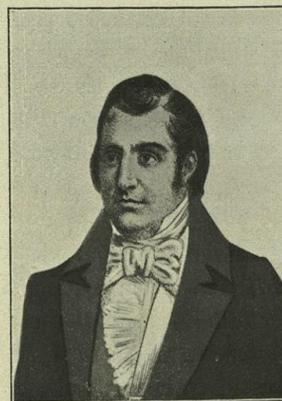
La invasión de la Península española por las tropas de Napoleón fué, como dice Tomás Carlyle, á modo de un latigazo que despertó á España, sacándola de un sopor de dos siglos para devolverla á la vida y á los anhelos de libertad. La España que despertó no fué sola la peninsular: fué la España entera, y España existía entonces á ambos lados del Atlántico y á lo largo del Pacífico.

Al hallarse cautivos en Bayona los reyes de este inmenso Estado, creyeron los pueblos españoles de Europa y América llegado el momento de gobernarse por sí mismos. Para ello hicieron uso de la tradición autonómica y municipalista, tan floreciente en la Edad Media, y que los monarcas absolutos habían cuidado de anular viendo en ella un peligro.

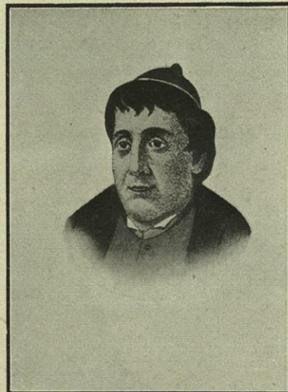
Las provincias de la Península eligieron sus Juntas soberanas, y las colonias de América las imitaron, eligiendo igualmente sus Juntas revolucionarias. Estos organismos gobernaron á nombre del Rey ausente, mas no por ello fué su gobierno menos soberano y decisivo. Tendían todos á realizar un anhelo del pueblo español: la libertad.



DON CORNELIO SAAVEDRA
(Estatua en Buenos Aires).



DON JUAN JOSÉ CASTELLI



DON MANUEL ALBERTI

Las Juntas de la Península dieron como resultado inmediato el régimen constitucional, las Cortes de Cádiz de 1810 y la Constitución de 1812, que acabó con la España del pasado. No podían avanzar más allá. La metrópoli no iba á declararse independiente de sí misma.

Las Juntas americanas también legislaron en sus primeros tiempos á nombre de Fernando VII. Sólo querían la libertad política y el gobierno de la tierra americana por los criollos; pero luego, como un resultado natural y lógico de sus primeros triunfos, proclamaron la independencia.

Había llegado la hora de la emancipación, consecuencia inmediata de la libertad política. No era posible que continuase por un instante más el vasto imperio de las Indias. Lo extraño fué que esta enorme aglomeración de pueblos pudiera mante-

nerse algunos años luego de la revolución de los Estados Unidos de la América del Norte. Resultó un bien para el progreso humano y para la gloria eterna del alma española la independencia de las naciones de América de habla castellana y origen peninsular. ¿Qué habría ganado el espíritu de nuestra raza con el hecho de sostenerse más tiempo (cosa imposible) la absurda dependencia de los pueblos hispano-americanos? ¿Qué sería hoy Buenos Aires? ¿Dónde encontrar las grandezas actuales de la joven República Argentina, que son producto de energías é iniciativas libremente desarrolladas? . . .

La independencia americana fué la más fructuosa evolución del alma española. Con ella nuestra raza se reencarnó en nuevas formas, asegurándose la inmortalidad en la Historia.

Este movimiento de emancipación pudo obedecer á causas económicas y sociales, como todos los actos importantes de los pueblos; pero su principal móvil fué la libertad política. Todas las naciones de entonces, incluso la española, moviéronse al mismo impulso.

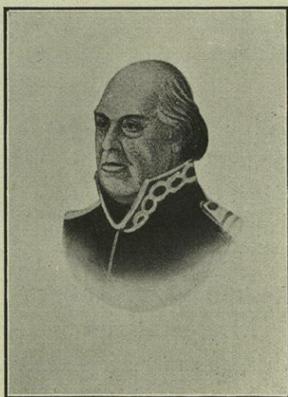
Por esto, los liberales peninsulares simpatizaban con los revolucionarios americanos; por



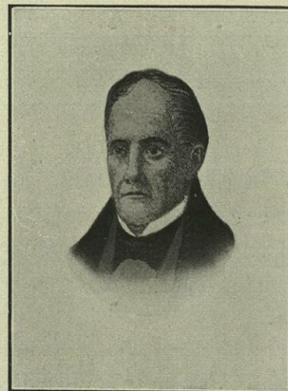
DON JUAN LARREA

esto, la guerra con América resultó en España una empresa impopular. Fué la monarquía absoluta la que sostuvo la pelea con los nacientes Estados del Nuevo Mundo, no el pueblo español. Se dió el caso de sublevarse en el Océano las tropas que se enviaban de España para sofocar la revolución ultramarina, y los insurrectos, torciendo el rumbo de sus fragatas, desembarcaron en Buenos Aires, uniéndose á los liberales americanos.

El gobierno de Madrid organizaba un gran ejército contra los «insurgentes» del Nuevo Mundo, pero al mismo tiempo mantenía aislados los batallones, cerca de los puertos de embarque. Temía que se sublevaran al ponerse en contacto, implantando con sus bayonetas la libertad en la Península, en vez de ir á destrozár la libertad de otros pueblos. No obstante



DON MIGUEL AZCUÉNAGA



DON DOMINGO MATHEU

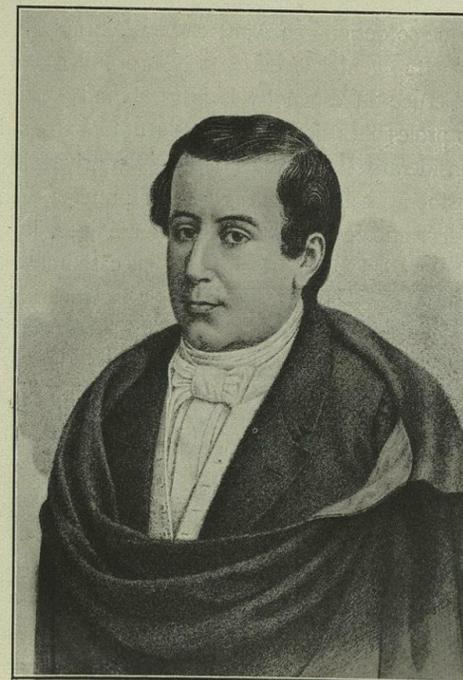
estas precauciones, el ejército destinado á América se sublevó el año 20 con Riego. Los liberales americanos estaban en relación con los de España por medio de las logias masónicas. Comerciantes argentinos establecidos en Cádiz participaban de los secretos de la conspiración contra el absolutismo. La revolución peninsular triunfante reconoció la independencia ultramarina al no enviar más tropas al Nuevo Mundo. El vencedor Riego abrió los calabozos de Ceuta y de Cádiz á marinos y militares americanos (entre ellos, el argentino Azopardo), que habían sido hechos prisioneros en la guerra y trasladados á la Península.

La lucha en toda América fué más bien entre realistas y revolucionarios que entre españoles y criollos. Muchos peninsulares abrazaron desde el primer instante la causa de la revo-

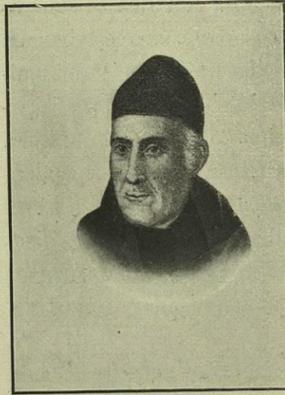
lución americana, dándole vida y fortuna. En cambio, hubo familias criollas que tacharon de locos á los patriotas, miraron sus audacias con mal disimulada cólera, é hicieron alarde de fidelidad al Rey y al antiguo régimen, cambiando solamente de opinión á la hora del triunfo, cuando se convencieron de que el pasado había muerto para siempre. La situación de cada uno en esta lucha dependió, más que del nacimiento, del carácter y la amplitud de sus ideas.

Entre seguir viviendo como súbdito del cruel Fernando VII ó ser ciudadano de una República que guardaba la lengua y la tradición de la raza, la elección no era dudosa para un hombre de sentimientos liberales, aunque hubiese nacido en el riñón de la Península.

Hay que recordar lo que fué España en 1814, cuando Fernando VII suprimió el régimen constitucional y restableció el absolutismo. Los diputados de Cádiz, ilustres representantes de la intelectualidad del país, estaban emigrados ó barrían las calles de Ceuta vestidos de presidiarios: los obispos intentaban restablecer la Inquisición con hipócritas títulos: los regimientos veteranos habían de usar escapularios encima de sus condecoraciones de Bailén y Arapiles, y sustituir con rosarios y novenas las alegres canciones de campamento: generales que habían derramado su sangre en defensa de la Patria morían por la Libertad, fusilados en el foso de un castillo: la bestial Universidad de Cervera, mantenida por los frailes, acudía al Rey para que prohibiese «la fatal manía de pensar»: Elío, antiguo defensor de Montevideo y capitán general de Valencia, luego de haber iniciado con su sable esta reacción absolutista y bárbara, dedicábase á la caza de liberales y los llevaba moribundos al pie de la horca para que no se librasen en su agonía del suplicio de la cuerda.



DON MARIANO MORENO



DON GREGORIO FUNES

¿Para qué seguir unidos, ni aun de nombre, á una monarquía que patrocinaba tales vergüenzas? Se comprende el arrojado de los legisladores, congregados en Tucumán en 1816, á la hora que la Península se hallaba sumida en esta barbarie. La Argentina atravesaba entonces uno de sus peores momentos. Los diputados apenas si contaban con fuerzas para defenderse de una invasión que todos creían próxima, y, sin embargo, no dudaron. Se acabó el fingimiento: no quisieron gobernar más, como las primeras Juntas patrióticas, á nombre de Fernando VII, y declararon la completa independencia del país, su definitiva separación de la metrópoli, en un noble manifiesto. No hay en él palabras de amargura ni de protesta para el pueblo español. Toda la execración es para los reyes.

¡Pobre pueblo español! Su situación en aquel entonces era más triste que la de los países americanos. Sentía la opresión de más cerca, y para librarse de ella tuvo que batirse con la Europa de la Santa Alianza, que representaba al absolutismo triunfante.

* * *

En la vida de la Colonia se formó una nueva clase social, que fué adquiriendo con el tiempo gran importancia.

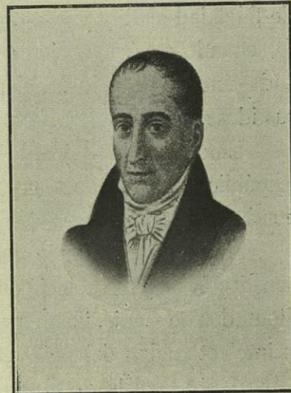
Entre las familias nobles, dueñas de las grandes propiedades, y el populacho de mestizos, indios y negros, existía una categoría intermedia, equivalente á lo que hoy se llama «burguesía», y que se designó en América con el título de «gente decente».

La «gente decente» criolla, producto en su mayor parte del cruce del español y la india, iba acaparando el ejercicio de las profesiones liberales. Era ilustrada, poseía bienes y llegó á considerarse con iguales derechos y privilegios que las familias aristocráticas. Esta clase daba el principal contingente á los cabildos y al cuerpo de abogados. También salían de ella los médicos, los profesores universitarios y los prebendados de las catedrales. Para dichos cargos exigía el Gobierno peninsular la indispensable prueba de *limpieza de sangre*. Los indios puros, los mulatos, los negros y los mestizos en general, eran excluidos de tales empleos y profesiones; pero el criollo nacido entre «la gente decente» podía aspirar á ellos, y aun los acaparaba con una actividad incansable. Aunque su tipo físico denunciase una ascendencia indígena, por haber sido indias sus abuelas, «se suponía — como dice Bunge — que estas indias fueron nobles por su raza, hijas de caciques y príncipes americanos».



DON MARTÍN RODRÍGUEZ

La «gente decente» fué en la revolución argentina lo que la clase media en la revolución francesa. Ella realizó lo que exigía más audacia y aceleró el movimiento emancipador cuando éste parecía retardarse. La gran revolución de París fué



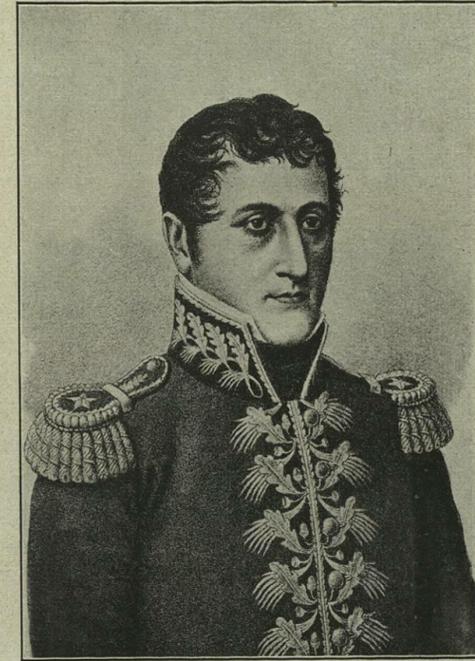
DON JUAN JOSÉ PASSO

obra de los abogados, que ansiaban ocupar los altos puestos directivos de la nobleza. En la revolución sudamericana, también los abogados, «los doctores», figuraron en primera línea. Años antes de la Independencia, á fines del siglo XVIII, decía un autor, al observar las costumbres de los pobladores del Río de la Plata: «Existe una especie de alejamiento ó, más bien dicho, aversión decidida de los criollos ó hijos de españoles nacidos en América hacia los europeos y el Gobierno español. Esta aversión es tal, que la he visto reinar entre el hijo y el padre, entre el marido y la mujer, cuando unos eran europeos y los otros americanos. Los abogados, especialmente, se distinguen por este sentimiento».

Los «doctores», los hombres intelectuales de la «gente decente» dieron impulso, forma, organización y finalidad al movimiento revolucionario. Las últimas clases sociales les siguieron por odio al *godo*, que así era llamado el español peninsular, pero sin saber ciertamente en qué consistía la independencia, y prontas á entregarse á la anarquía y al fraccionamiento nacional apenas desaparecieron las autoridades.

Esta «gente decente» era, como dice un autor argentino, «piadosa é ingenua». Su existencia deslizábase tranquila y monótona en la época colonial. Los días, las semanas y los años

transcurrían sin otros incidentes que las solemnidades religiosas, las fiestas organizadas en honor de la Casa real española, el cambio de gobernadores, las grandes comidas de familia y las tertulias caseras. La Iglesia y la Monarquía eran sus dos cultos. La revolución la hizo olvidarse del rey, pero siguió fiel á la religión. La familia estaba basada en el principio de un amplio poder del padre sobre la mujer, los hijos, los criados y los esclavos.



DON MANUEL BELGRANO



BUENOS AIRES. MONUMENTO DEL GENERAL BELGRANO EN LA PLAZA VICTORIA



BUENOS AIRES. ESTATUA DE MORENO

el pueblo contra los reyes de España, el clero del Río de la Plata se mostró revolucionario y entusiasta republicano, oponiendo su republicanismo á las tendencias monárquicas de los estadistas y los generales más célebres de la Independencia.

El cura argentino fué en sus ideas á la inversa del sacerdote de otros países americanos, que trabajó tenazmente por la contrarrevolución, deseando la vuelta de los antiguos tiempos, en los que había gozado de inmensa autoridad y enormes riquezas.

* * *

Al quedar cautivo en Bayona Fernando VII organizó en Sevilla una Junta Soberana que asumió la representación real, dirigiendo la guerra contra el invasor. Esta Junta nombró virrey de Buenos Aires al general de Marina Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien tomó posesión del cargo en Julio de 1809.

El popular Liniers, que había sido recompensado por el rey con el grado de general por su comportamiento en la reconquista y defensa de Buenos Aires, desempeñó el Gobierno hasta la llegada de Cisneros. Al

«Al caer la noche, antes ó después de cenar, todos rezaban en común el rosario, y al acostarse, pedían la bendición á los padres. Hijos y criados besaban al jefe de la familia la mano, generosa en la dádiva y severa en el castigo. Religiosamente educada en los claustros, ignorante y crédula, la sociedad vivía como dormitando la larga siesta colonial, sobre un suelo abundante, en un clima templado y bajo un cielo siempre límpido. Sólo las exacciones del régimen del monopolio y regalía la inquietaban, dejando con sus injusticias un fermento de incomodidad y desconfianza.»

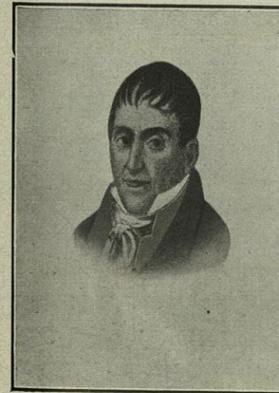
Otra clase que intervino directamente en el movimiento emancipador fué el clero. La unidad de creencia religiosa era lo único que establecía cierta cohesión dentro de la sociedad colonial dispersa, y fraccionada en un territorio tan enorme. Pero el clero no fué en el Río de la Plata rico y aristocrático, como en otros pueblos de América. Durante la época colonial vivió sin prestigio jerárquico, sin influencia en las masas y sin esa soberbia que es producto del exceso de autoridad y de riqueza. Los curas argentinos sentíanse humillados y ansiaban ser algo en la vida de su país, casi tanto como los doctores de la «gente decente». Por esto, al insurreccionarse



BUENOS AIRES. ESTATUA DE CASTELLÍ

presentarse éste, Liniers se retiró despedido al interior, desistiendo de sus primeros intentos de rebeldía.

Era Cisneros un marino valeroso, pero de carácter irresoluto y débil en todo lo que no fuese el ejercicio de su profesión. Además, le aislaba del trato de las gentes una absoluta sordera, adquirida en el famoso combate de Trafalgar. La primera dificultad con que tropezó al encargarse del gobierno, fué la carencia de fondos para hacer frente á los gastos públicos. Entonces el doctor Mariano Moreno presentó al virrey, como abogado de los estancieros, su famosa petición llamada «de los hacendados», solicitando permiso para embarcar cueros y lanas en los buques ingleses. El virrey dejóse convencer, dando orden para que se comerciara libremente con Inglaterra, medida que cambió radicalmente la situación económica. Cesó la carestía de los artículos de procedencia europea, hubo dinero y se triplicaron las rentas de la Aduana.

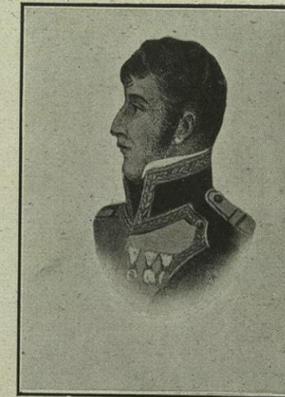


DON ANTONIO VIEYTES (Primer periodista argentino).

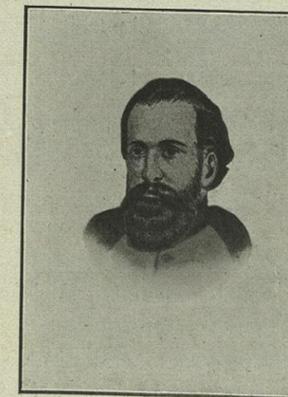
En esto, graves noticias llegaron de la metrópoli. Á mediados de Marzo de 1810 se supo que los ejércitos de Napoleón dominaban ya toda la Península, no quedando en ella otra autoridad que la de los restos de las Juntas refugiados en Cádiz y constituídos en Cortes. El virrey anunció al pueblo el 18 de Mayo todo lo ocurrido, en una proclama que revelaba tanta torpeza como buena fe. Esta confesión pública del estado deplorable en que se hallaba España produjo sus efectos. La clase media vió llegada la ocasión de gobernarse por sí misma, sin necesidad de obedecer á un virrey nombrado por un Gobierno que ya no existía.

Agitábase en Buenos Aires una juventud fogosa, de ideas reformistas, educada en los mismos libros que veinticinco años antes habían preparado el gran estallido revolucionario de Francia. Los colegios de estudios fundados en el siglo anterior por los virreyes Vertiz y del Pino, y dirigidos por profesores extranjeros que esparcieron las enseñanzas de los enciclopedistas, habían creado una generación ilustrada y audaz, de la que fué el verdadero tipo representativo Mariano Moreno, alma, consejo y sostén de la revolución en sus primeros avances. En las provincias la clase ilustrada había sufrido iguales influencias. En Córdoba el deán Funes, historiador de su época y ardiente revolucionario, trabajó en la preparación de los acontecimientos con sus lecciones á la juventud universitaria.

Hombres de carácter popular é incansable actividad agitaban al pueblo de Buenos Aires pidiendo la reunión de un Cabildo abierto, al que concurrían las personas más notables para resolver lo que debía hacerse en tan críticas circunstancias. Entre estos agitadores distinguíanse dos jóvenes llamados French y Berutti, que fueron los principales instigadores de la revuelta.



DON ANTONIO BALCARCE



DON MARTÍN GÜEMES